

## HACIA EL MILAGRO DE LA INMACULADA EN SANTA FE. VIDA Y MARTIRIO DEL P. PEDRO DE ESPINOSA Y UN APORTE A LA ARQUITECTURA JESUÍTICO-GUARANÍ

Carlos A. Page\*

### **Resumen**

El trabajo, si bien se centra en el género biográfico, tiende a fortalecer la idea de la existencia de humildes construcciones que tuvieron las primeras reducciones jesuíticas de la provincia del Paraguay. Es decir la existencia de un tiempo cuyo primer período concluye con el éxodo del P. Ruiz de Montoya. En este contexto aparece la figura del P. Pedro de Espinosa, quien por sus particulares habilidades y dedicación introdujo en los edificios sistemas tecnológicos que enriquecieron el modo de construir guaraní. Pero no deja de ser éste un proceso que se continuará en el tiempo y se desarrollará dejando en evidencia la asociación de dos culturas en logros urbano-arquitectónicos singulares.

**Palabras clave:** Pedro de Espinosa, arquitectura, urbanismo, misiones jesuíticas, martirio.

### **Abstract:**

Although work focuses on the biographical genre, tends to reinforce the idea of the existence of humble buildings that were the first Jesuit Province of Paraguay. Namely the existence of a time whose first periodization ends with the exodus of P. Ruiz de Montoya. In this context, the figure of P. Pedro de Espinosa, who because of their special skills and dedication introduced technological systems in buildings that enriched the way to build Guarani. But it remains a

---

\* CONICET. Email: capage1@hotmail.com

process that will continue over time and will be developed making it clear the association of two cultures in unique urban-architectural achievements.

**Keywords:** Pedro de Espinosa, architecture, urban, Jesuit missions, martyrdom

### **Las primeras reducciones y sus edificios**

Las reducciones jesuíticas se trazaron en base a la normativa hispana en la materia, pero con los traslados y nuevas fundaciones que surgieron con el transcurrir del tiempo, se gestaron ciertas particularidades que le dieron un carácter propio y diferenciado de los emplazamientos hispanos.

El primer periodo, de formación, podemos fijarlo aproximadamente entre 1609 y 1631, fechas que responden al establecimiento de la primera reducción y la transmigración de las últimas dos sobrevivientes, en momentos en que todas quedaron destruidas. Se habían desarrollado hasta entonces 16 reducciones en la región del Guayrá y 17 entre los ríos Paraná y Uruguay, aunque algunas fueron de permanencia efímera, donde actuaron varios jesuitas entre los que cabe señalar especialmente al peruano Antonio Ruiz de Montoya<sup>1</sup> (Fig. 1). Pero desde 1627 comenzó a agudizarse el conflicto con los bandeirantes que arrasaron paulatinamente con todos los pueblos. Desde entonces y hasta 1630 los portugueses capturaron 60.000 indios de las reducciones. Es el tiempo de la epopeya de la transmigración de los pueblos sobrevivientes y la refundación de las reducciones de Loreto y San Ignacio que se ubicaban originalmente en las márgenes del Paranapanema, siendo llevadas en 1632 junto al Paraná en el actual territorio de Argentina.

---

<sup>1</sup> Nació en Lima en 1585, ingresando al Instituto en 1606. Al año siguiente participó en la primera Congregación Provincial en Chile y luego pasó a Córdoba donde fue ordenado por el Obispo Trejo en 1611. Fue misionero entre 1612 y 1622, año en que fue designado Superior de las misiones del Guayrá. En 1637 se lo nombró Superior de todas las misiones y en ese mismo año se lo designó Procurador a Europa, donde estuvo hasta 1643. Murió en su ciudad natal en 1652 (Storni 1984 y Rouillon Arrospide 1997).

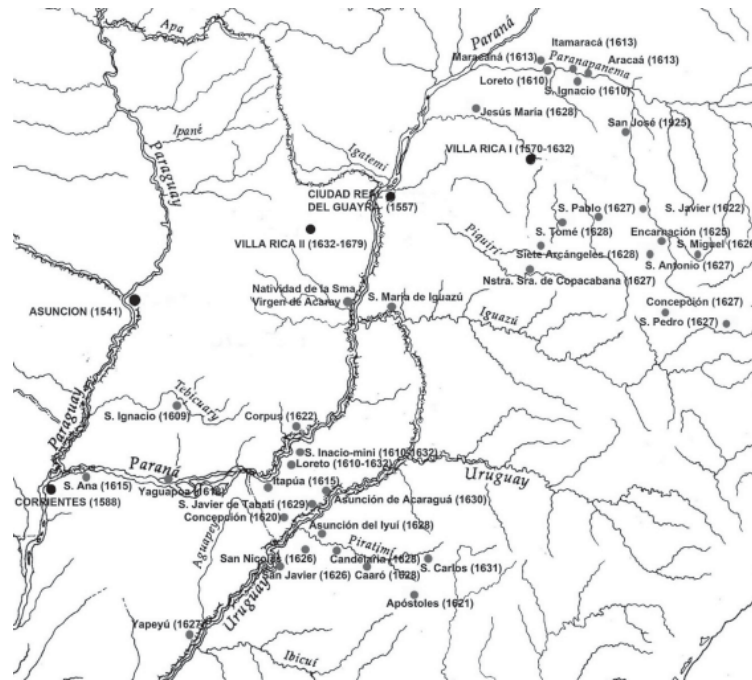


Fig. 1 Mapa que muestra las antiguas ciudades españolas y las reducciones del Tape, Paraná-Uruguay y el Guayrá, que se desarrollaron entre 1609 y 1631, con las refundaciones de Loreto y S. Ignacio en 1632 (Reelaboración a partir de Maeder-Gutiérrez 1995: 61 y Hernández 1913: p. 9)

En esta etapa de conflicto (1628-1631) también se desarrollan las reducciones de la región del Itatín (actual estado de Mato Grosso do Sul) y del Tape (actual estado de Rio Grande do Sul). Las primeras sobreviven aunque con constantes traslados<sup>2</sup> y las otras, que sumaron 11, se mantuvieron hasta los ataques paulistas de 1636 y 1638.

Cuando el P. Roque González cruzó por primera vez el río Uruguay y fundó San Nicolás en el Piratini en 1626, los guaraníes y jesuitas comenzaron una

<sup>2</sup> En 1632 se fundan cuatro reducciones: Ángeles, San José, San Benito y Natividad. Al año siguiente son invadidas por los mamelucos y con las personas que las conformaban se fundan las reducciones de Andirapucá y Tepotí. Ambas se concentran en una en 1634 con el nombre de Yatebo. Pero al año siguiente se vuelven a dividir formando Santa María de Fe y San Ignacio de Caaguazú. La primera se trasladará un poco al sur en 1648 y dos años después se muda al sitio de Aguaranambí. Mientras que San Ignacio pasa a Caaguazú del Sur. Finalmente en 1659 las dos se reubican al sur del río Tebicuarí, ocupando los parajes donde aún hoy están los pueblos de Santa María y Santiago (Hernández 1913:13).

resistencia, no sólo contra algunos otros grupos indígenas, sino también contra los *bandeirantes*. Sus protestas dejaron en evidencia la complicidad de las autoridades hispanas que se negaron a ayudar militarmente a las reducciones. De tal forma, en 1639 hicieron frente ellos solos al ejército de mamelucos y tupíes, terminando la contienda con la batalla de Mbororé de 1641. A partir de entonces y hasta el último tercio del siglo XVII, se fundaron nuevas reducciones agrupadas en las márgenes del Paraná y del Uruguay quedando establecidas 22 doctrinas, rango que alcanzaron en 1655 (Hernández 1913: 324-329).

En este primer período (1609-1631) la actividad desplegada por los jesuitas fue intensa. Los trazados urbanos fueron realizados a la manera española, aunque no nos ha quedado ningún testimonio material, ni siquiera uno esbozado sobre papel. Pero hubo ante todo un cuerpo legal que respetar, basado en la larga experiencia reduccional americana alcanzada hasta entonces. Se contaba con prescripciones sobre el modo de establecerlas y gobernarlas que dieron el marco general de su diseño. Fueron las que utilizaron otras órdenes religiosas, desde los jerónimos en las Antillas hasta los franciscanos en la región<sup>3</sup> y experimentaron los mismos jesuitas en las doctrinas del Perú, como las de Juli, Huarochiri y Santiago del Cercado, aunque fueran experiencias diferentes entre sí. Esto no quiere decir que la tantas veces mencionada Juli<sup>4</sup>, se deba definir como un modelo urbanístico, pues si éste existió fue ante todo el que imponía la ley. Incluso cuando el P. Torres manifiesta que se hagan los pueblos "...al modo de los del Perú o como más gustaren a ellos", se refiere al modelo limense impuesto en esta región para los trazados urbanos, inspirados en una legislación que tiene un punto de inflexión en las Ordenanzas de Felipe II de 1573, que responden tanto a la ciudad vitrubiana como al modelo de Santo Tomás de Aquino. Esta aplicación va a darse sólo en el primer período, donde se producirá una experimentación en el sistema para luego abandonar parte de estas rígidas leyes, adoptando un modelo propio que se irá

<sup>3</sup> Recordemos que los Padres Lorenzana y San Martín antes de entablar la primera reducción de San Ignacio-Guazú en Yaguaracmitá fueron a visitar a fray Luis Bolaños, Superior de las misiones franciscanas de Yute, Caazapá e Itá, ubicadas no muy lejos de donde fundarían los jesuitas. Allí tuvieron contacto directo con la experiencia franciscana y los métodos y logros alcanzados (Astraín 1996: 76).

<sup>4</sup> La hipótesis de que Juli fue un modelo la trajo por primera vez el historiador jesuita Francisco Mateo en 1944 (aunque muchos la tomaran como propia) quien planteó que estas primeras reducciones peruanas fueron el modelo de las reducciones del Paraguay, tanto en el régimen de vida, como en las estancias de comunidad y en el excluir por completo a los españoles del pueblo. Pero estas características eran producto de una larga experiencia de otras órdenes y en Juli los jesuitas tampoco se contentaban con ser párrocos, a la espera de organizar reducciones independientes.

gestando a medida que se fundan pueblos y a partir sobre todo, de la segunda etapa, que comienza con la refundación de Loreto y San Ignacio en 1632, hasta alcanzar el modelo acabado de los tiempos de la expulsión.

En este momento inicial de las reducciones aparecieron los primeros aportes indígenas, pues resultó más conveniente que el sitio fuera escogido por los mismos indios y reemplazar el espacio privado por el comunitario, es decir una negación de las manzanas con solares y de viviendas emplazadas en solares privados. Aunque estas primeras reducciones que situamos entre 1609 y 1631 debieron levantarse en principio siguiendo en su mayoría la ley española, como lo ordenó el P. Torres, lo hicieron con variantes en las viviendas que siguieron el tipo funcional y tecnológico de los indios.

Las descripciones y planos que aportaron los PP. expulsos como Peramás, hablan de las reducciones al momento de la expulsión y en su etapa final, sin embargo en los textos de los primeros misioneros podemos encontrar lo que venimos afirmando. Tal es el caso del P. Roque González, uno de los principales habilidosos de su época, cuya carta transcribe el P. Diego de Torres en 1615 manifestando que su pueblo de San Ignacio ya estaba habitado por 300 personas y que: "...me resolví a construirlo a la manera de los pueblos de españoles, para que cada uno tenga su casa, con sus límites determinados y su correspondiente cerca, para impedir el fácil acceso de una a la otra, como era antes, proporcionando inevitable ocasión para las borracheras y otros crímenes" (Leonhardt 1927: 344-345). De esta conformación urbana que no prosperó, también escribe el P. Diego de Boroa en su Carta Anua de 1637 haciendo una historia de aquellas primeras reducciones y escribiendo "*Los pueblos estaban dispuestos en forma cuadrada con calles rectas e iguales, y con casas cómodas y elegantes. Cada una tenía su patio con jaulas de gallinas, gansos y otras aves domésticas*" (Leonhardt 1927: 226).

Nada de esto es casual, las reducciones debían enmarcarse estrictamente en las ordenanzas hispanas. De hecho para su fundación o traslado debían contar con la autorización regia. No vamos a enumerar la larga lista de instrumentos legales indianos, pero vemos con claridad cómo fueron aplicados, al menos en este primer periodo experimental. Paulatinamente las reducciones fueron sufriendo tanto transformaciones urbanas como arquitectónicas.

En cuanto a la arquitectura de los primeros tiempos, fue fundamental adaptar funciones del mundo cristiano a los materiales constructivos y mano de obra con que se contaba. Es decir que la función religiosa como la iglesia, se concibió

como requisito funcional europeo con el aporte de la tradición y la cultura del medio geográfico y sus habitantes.

De allí que las primeras construcciones fueran de sencilla factura, siguiendo la tradición guaraní en el arte de construir. Chozas confeccionadas con una trama de varas flexibles clavadas en el suelo en dos hileras separadas entre sí, unidas en sus extremos y luego cubiertas por hojas de palma trenzadas. Una tecnología usada por una tradición ancestral donde cada elemento tenía un sentido mítico. Precisamente Sustersic escribe sobre esa misticidad trayendo el concepto de *og-jecutú*, es decir de *casa clavada* (Sustersic 1999a: 253).

En el medio guaraní estas casas eran rectangulares y se ampliaban a lo largo, llegando a vivir entre 40 y 50 familias juntas "...sin más distinción de tabiques y aposentos" como recuerda el P. Hernández siguiendo a Peramás (Hernández 1913: 86). Según los grabados del cautivo soldado alemán Hans Staden (Fig. 2), el muro-cubierta era sostenido en el centro por un horcón y el espacio formado entre dos de éstos era destinado a una familia. El P. Hernández reafirma estas características habitacionales siguiendo a historiadores como Del Techo y Lozano.



Fig. 2 Uno de los varios grabados de Hans Staden (1557) de la conformación de una aldea Tupinambá. Grupo reducido de viviendas cercadas con casas macrofamiliares con espacio común central (Staden 1944: 87)

Las primeras y sencillas iglesias no se diferenciaron de las viviendas; en el momento fundacional fueron simples y pequeñas chozas que se levantaban sólo para cubrir el altar, o como lo manifiesta el P. Lorenzana en los primeros días de San Ignacio (1609) "...semejante al portalito de Belén" (Leonhardt 1927:45).

Con el paso a la vida sedentaria se debió reforzar la durabilidad de las viviendas y para eso se revocaron los muros. Por tanto, aún sin divisiones interiores, sufrieron un primer cambio con la separación entre el muro y la cubierta, donde los horcones centrales pasaron a sostener el techo tijera, ahora a dos aguas y cubierto de paja, con largos aleros que protegían los cerramientos revocados con barro. Esta fue una innovación importante, tal como se hizo en la iglesia de Encarnación cuando, reemplazando a una chozuela, se la concluyó en 1615, afirmando el Gobernador Hernandarias que la iglesia "...estaba blanca y curiosamente aderezada" (Cortésão 1951: 24-25). De tal forma que, en principio, a las mismas esteras y cañizos se le adosó una mezcla terrosa que cambió la tonalidad de las viviendas diferenciándolas del ambiente, y que pronto se utilizará en todos los edificios.

La segunda transformación vendrá con la implementación del par y nudillo. Este sistema surge al reemplazar los techos de paja por teja, debido a los múltiples incendios que se producían. Pero el peso de la cubierta aumentará y será necesaria una nueva solución estructural que la brindará justamente el nudillo. Esta solución permitió además y como señala Sustersic, desplazar la visualmente molesta columna central, otorgando al espacio religioso direccionalidad, pies y cabeza (Sustersic, 1999a: 29). Las casas largas recién se dividirán en su interior para albergar a varias familias por orden del P. Roque González. Esta fue otra gran innovación que introdujo el santo a su llegada a San Ignacio en 1611, cuando la iglesia aún no se diferenciaba tanto de las viviendas, sobre todo en su aspecto tecnológico (González de Santa Cruz et al 1994: 36-37).

Para levantar una iglesia, por más provisoria que fuera, en estos primeros años debían obtener el permiso correspondiente del P. Provincial, quien no exigía una tipología preestablecida sino por el contrario recomendaba mesura en los trabajos que se le daban a los indios, sin importar que se levantaran con la tradición constructiva guaraní. Incluso la utilización de una planta basilical estaba vinculada directamente a la vivienda indígena.

El segundo Provincial, Pedro de Oñate, en cambio estableció algunas directrices como que "...en todas las iglesias se haga baptisterio, cercado de rejas, con pila muy hermosa, cerrada con llave, y una alacena muy adornada



*para los santos olios*" (Pastells 1912: 357). Baptisterio que ya había construido Roque González en San Ignacio (Leonhardt SJ, 1927: 467) y que en principio tuvo ingreso independiente.

Poco a poco y en lento proceso se irían introduciendo ideas europeas en las proporciones, materiales constructivos y aspectos morfológicos, debido a la llegada de los primeros profesionales, con marcadas intenciones de imponer sus conocimientos técnicos. Por ahora y con los primeros misioneros, prevaleció en la arquitectura una visualización clara y hasta predominante del aporte indígena.

Si seguimos desmenuzando este primer período, veremos que considerar que las iglesias fueron "*...amplias y hermosas desde el principio*" es un concepto equivocado. Ciertamente estamos hablando de grandes ámbitos, para poblaciones de más de 1.000 habitantes, como Loreto del Pirapó o San Ignacio de Itaumbuzú, pero guardando similares características constructivas que las viviendas indígenas originales.

La idea del proyecto de esta nueva tipología arquitectónica que significaba para los indios una iglesia, la daban al principio los mismos sacerdotes, contando con una nutrida mano de obra con experiencia en un tipo constructivo. Fueron los mismos religiosos quienes informaban en 1618 que habían: "*...hecho casa y unas iglesias admirables y capaces*", en Loreto y San Ignacio, mientras que ellos eran a la vez "*...los carpinteros, albañiles y arquitectos, y enseñando a los indios y haciéndoles oficiales*" (Leonhardt SJ, 1929: 204-205). Seguramente exageraban, porque no iban a enseñar a los indios lo que ya sabían hacer, excepto en las modificaciones que señalamos. De tal forma que la participación indígena en las decisiones tecnológicas era contundente, no así en lo urbanístico. De manera que los PP. debieron adaptarse a algo que parecía no negociable: la vivienda, al menos en su morfología, mientras que su tecnología mejorará con el aporte de técnicas europeas.

La iglesia de la reducción de Loreto, pueblo trasladado en 1615 junto con el de San Ignacio y donde se encontraba el P. Ruiz de Montoya, debe haber tenido antes de la transmigración una verdadera imponencia, pues el Provincial Mastrilli Durán la describe al verla como "*...grande y de tres naves, tan bien hecha y tan alegre, y estaba tan adornada de flores y otras invenciones que me pareció retrato del cielo*", y la reducción de San Ignacio del P. José Cataldino, con una iglesia "*...de la misma forma y capacidad*" y casa para el misionero "*...tan capaz y con tanta vivienda y buena arquitectura, con muy lindos corredores y extremado jardín que pudiera ser buen colegio donde quiera*"



(Leonhardt 1929: 304). Esta iglesia de Loreto sería la *nueva* a la que se refiere Jarque citando el libro de Montoya: "*En medio de ambas iglesias, Vieja y nueva, estaba arbolada una hermosísima cruz*" (Jarque 1900 (1): 314).

Contemporáneos a nuestro personaje fueron los PP. Silverio Pastor, Ignacio Henart y Roque González de Santa Cruz que también participaron activamente en el trazado de sus pueblos y en levantar sus edificios. Ninguno fue formado en el arte de construir, lo que los hacía más permeables a la iniciativa indígena. El primero construyó la iglesia del pueblo de San Nicolás, una vez trasladado; mientras el segundo hizo lo propio en el Guayrá sorteando las embestidas portuguesas. Finalmente del santo paraguayo habría mucho que enumerar, pues en sus escritos y referencias encontramos un rico material sobre la materia. Su compañero en la misión del Paraná, el P. Francisco del Valle escribió: "*...todo esto se ha levantado mediante los increíbles trabajos del Padre Roque González. El mismo en persona es carpintero, arquitecto, y albañil; maneja el hacha y labra la madera, y la acarrea al sitio de construcción, engancho él mismo, por falta de otro capaz, la yunta de bueyes. El hace todo sólo*" (Leonhardt 1927: 467). Insistimos que esta falta de profesionalidad en los misioneros dejó en mayor libertad a los indios para continuar usando sus métodos y sus técnicas constructivas para un hábitat transitorio, que dejó de prestar utilidad cuando pasaron a ser sedentarios, imponiéndose entonces técnicas europeas para su mayor conservación.

Toda la arquitectura se sustentaba básicamente en la madera, de allí que como transición entre los curas voluntariosos y los que ya venían con una profesión, pasaron a tener gran protagonismo los coadjutores carpinteros que fueron llegando en medio. Entre ellos Bartolomé Cardeñosa, arribado en 1622 y luego Felipe Lemaire en 1640 que reinterpretaron la tratadística existente en la materia y en su tiempo, actuando no sólo en las construcciones de las reducciones sino también en los colegios, siendo ellos quienes introducen las bóvedas de madera para las iglesias.

Con anterioridad, sin embargo, se desarrolló la actividad del P. Espinosa, el primero que se dedicó especialmente a la construcción de iglesias. Ya no era sólo el misionero que construía los edificios en su reducción, sino que comenzó a intervenir en todas las construcciones que pudo, seguramente luego de una decisión del Superior de señalar un jesuita para esta función (Levinton 2008: 51). Por tanto consideramos que fue la figura de transición entre los idóneos y los artífices, y quien como veremos luego en detalle, introdujo el sistema de par y nudillo

(Sustersic 1999b: 37). Es por eso que Furlong escribe: "...el único de ellos verdaderamente arquitecto fue el mencionado P. Pedro de Espinosa, a quien le cabe la gloria de haber sido el primer profesional que tuvo la Compañía de Jesús en el Río de la Plata" (Furlong 1946: 53), aunque creemos que incluso Furlong no hace una correcta diferencia entre idóneos y artífices (Levinton 2008: 44). Ocurre que los primeros sacerdotes debieron ocuparse de todos los oficios, y algunos se destacaron más que otros en tal o cual actividad, convirtiéndose en verdaderos idóneos, en este caso en el arte de construir.

### El P. Pedro de Espinosa

La primera referencia biográfica que tenemos del P. Pedro de Espinosa nos la brinda la noticia necrológica escrita en la Carta Anua de 1635-1637 que envía a Roma el Provincial Diego de Boroa, aunque no se ha conservado el original y sí una impresión de la misma de 1642 (Leonhardt 1927: 752-759) (Fig. 3). También y casi contemporáneamente se refirió a él su compañero el P. Antonio Ruiz de Montoya en su famoso libro publicado en Madrid en 1639 (Ruiz de Montoya 1989) (Fig. 4). En ambas descripciones de su vida se enfatiza el carácter especial que cobró su muerte en manos de los indios y sus aptitudes personales. En base a estos primeros documentos y otros, dados a conocer con posterioridad, se fueron construyendo varias biografías sobre este personaje. Sobre todo las de Nieremberg (1647) y Vilches (1653) (Fig. 5) que contaron con ambos libros y agregaron documentación. Incluso fue sumado en una suerte de martirologio jesuita del Paraguay que se encuentra en Barcelona.



Fig. 3 Fascimil de la portada y página donde comienza la noticia necrológica del P. Espinosa de la Carta Anua de 1635-1637. Fue editada por el jesuita belga Francisco de Hamal e impresa en 1642 por Tossani y el parisino Jean Le Clarc, enviada por el P. Provincial Diego de Boroa al General Viteleschi. Este libro se encuentra en bibliotecas de Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos. Fue traducido y publicado por el P. Leonhardt en 1929.



Fig. 4 y 5 Portadas de los libros de Montoya (1639) y Vilches (1653). Este último contó con las menciones de Montoya, la edición de la Anua (1642) y la biografía de Nieremberg (1647), pero además incluyó una serie de cartas inéditas del P. Espinosa, entre otros valiosos datos de Jaén que lo convierten en su mejor biógrafo.

El P. Pedro de Espinosa nació en Baeza, Jaén, el 17 de setiembre de 1596 (Storni 1984: 92)<sup>5</sup>. La necrológica de la Anua citada expresa: "...tenía padres muy buenos. Tenían ellos cinco hijos, entrando los cuatro varones a la Compañía y la única hermana<sup>6</sup> guardó su virginidad, muriendo en olor de santidad". Su padre fue don Antonio de Espinosa (Vargas 2000: 83 y Cózar Martínez 1884: 310) y su madre Isabel de Vilches, ambos "...bien conocidos en Baeza por su virtud y noble condición" (Bilches 1653: 235). Mientras que de sus hermanos mayores -continúa la Anua- el poeta y platero baezano Alonso de Bonilla (1569-1642) celebró sus vidas en elegante verso. Los publica en 1653 su

<sup>5</sup> Storni sigue el Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI) Paracuaria 4/I, 71. Mientras que el P. Vargas señala el año de 1598, siguiendo a Uriarte (Vargas 2000:83 y Uriarte y Lencina 1929-1930: 528).

<sup>6</sup> El dato de haber tenido además de cuatro hermanos varones, una hermana mujer, sólo lo da su nota necrológica (Leonhardt, 1929: 752) y no todos los biógrafos la siguen. Sabemos que se llamaba Beatriz por el martirologio de Barcelona citado.

<sup>7</sup> Una de las hazañas prodigiosas/ De aquella sempiterna y sabia mano/ Fue producir entre el linaje humano/ De una espinosa rama, cuatro rosas// Por heroicas virtudes olorosas/ Al Consistorio Trino y Soberano/ No manejadas del Dragón Tirano/ Por ser contra sus vicios espinosas// Ilustre An[¿?]o tan heroico hecho/debieran celebrarlo coronistas/ venidos de séráficas legiones// Pues en la Iglesia sois tan de provecho/ Que si no disteis cuatro evangelistas/ Disteis cuatro Evangélicos varones (Bilches, 1653: 236).

biógrafo y a su vez Rector del colegio de San Ignacio de Baeza, P. Francisco de Vilches (1575-1649)<sup>7</sup>, jesuita que incluso había escrito una historia de la ciudad de Baeza<sup>8</sup>.

El P. Vilches a su vez da los nombres de los hermanos, los jesuitas Agustín, el mayor,<sup>9</sup> y Alonso que ingresaron al Instituto en 1606 en el noviciado de Montilla. El primero murió en Ecija donde fue Rector de su Colegio, mientras que Alonso, nacido en 1585, murió en viaje hacia el Paraguay en 1611 (Vargas 2000: 81 y Storni 1984: 92). El tercer hermano, el menor, fue Francisco, aunque fue el primero que ingresó en la Compañía.

Según lo refieren las Anuas, Pedro "...estaba, desde su niñez, relacionado con nuestros Padres, hallándose más entre ellos, que en su propia casa" (Leonhardt 1929: 752). Efectivamente, creció en un ambiente religioso donde todos sus hermanos profesaban votos religiosos. Incluso del desafortunado Alonso sabemos que rumbo a su destino escribió desde Cartagena de Indias a sus padres, diciendo que "...educasen bien a Pedro, todavía niño, porque estaba destinado por Dios a ser misionero de Indias y mártir" (Leonhardt 1929: 753 y Bilches 1653: 238).

El mismo P. Vilches fue profesor de estos hermanos Espinosa a quienes señala como "...ejemplo de estudiantes fervorosos y devotos de que soy testigo", teniendo también como profesor al P. Gonzalo Ramírez (Bilches 1653: 236).

La participación jaenera en la iglesia española fue importante y más aún en América, tierra donde dejó su huella. San Juan de la Cruz fundó un convento en Baeza, al igual que San Juan de Avila lo haría con el Colegio que luego se convertirá en Universidad. A las nuevas tierras irá un sinnúmero de misioneros de todas las órdenes religiosas. Basta señalar al andaluz fray Bartolomé de las Casas. Baeza aportó varios mártires de distintas órdenes y entre los jesuitas cabe mencionar al beato Juan de Baeza, muerto en la expedición que se dirigía a Brasil con el P. Ignacio de Acevedo en 1570 (Sena Medina 1990: 268).

Baeza contaba con el Colegio jesuítico comenzado a construir a principios del

---

<sup>8</sup> Historia de la ciudad de Baeza, por el P. Francisco Bilches, de la Compañía de Jesús. MS Nicolás Antonio, Bibliotheca hispana nova, tomo I, p. 407. Cit. en Muñoz y Romero 1858: 46.

<sup>9</sup> Una biografía suya en Nieremberg y Otín, 1891 (7): 203.

siglo XVII y terminado en 1648, a expensas del baezano Obispo de Cuzco don Antonio de la Raya y Navarrete, quien aportó a esta fundación la suma de cuarenta mil ducados, consiguiendo hacer una de las mejores instalaciones de Andalucía.

Antes de cumplir los 18 años, Pedro ingresó en la Compañía de Jesús de la Provincia de Andalucía, el 9 de junio de 1614 (Storni, 1984: 279)<sup>10</sup>. Sabemos que hizo su noviciado en Montilla (Bilches 1653: 237), nada menos que dirigido por el H. Alfonso Rodríguez (1538-1616) santo y autor de *"La práctica de la perfección cristiana"* (1609). Luego lo encontramos como escolar en el Colegio de Córdoba (España), pues la Anua relata un hecho prodigioso en el que Pedro tiene una visión que cuenta a un compañero suyo: *"...un día estaba orando fervorosamente en la iglesia de nuestro colegio de Córdoba, cuando se vio en espíritu arrojado al suelo por unos bárbaros, arrastrado, apaleado, y luego tendido en el suelo, donde se vio aplastado a porrazos"* (Leonhardt1927: p. 753). Andrade dice que aquella visión le despertó su vocación por ir a las Indias (Nieremberg y Andrade 1889 (IV): 442) y fue a su vez la visión de su muerte.

La Provincia Jesuítica de Andalucía fue creada por San Ignacio en 1554, junto a las provincias de Aragón y Castilla. Hubo un primer intento por parte de doña Catalina Fernández de Córdoba de fundar un Colegio en Córdoba en 1546, pero por diversas dificultades no tuvo lugar por entonces y necesitaron una década para ver concretada aquella aspiración. Finalmente se funda en 1553 con el aporte de Juan de Córdoba, Deán de la Catedral y Abad y Señor de Rute y Zambra, hijo del tercer Conde de Cabra. Fue el primer colegio de Andalucía, aunque dos años después, al tiempo de la muerte de Ignacio, ya estaban establecidos también los colegios de Sanlúcar, Sevilla y Granada (Borja de Medina 1991: 12).

Fue destinado como Rector del Colegio de Santa Catalina de Córdoba el hijo de Catalina, don Antonio de Córdoba. En sus aulas estaban establecidos los estudios mayores y menores completos, es decir los de Teología, con dos cátedras de Teología Especulativa, una de Moral y otra de Sagrada Escritura; contaba además, con una cátedra de Filosofía. Adviértase que en Baeza se fundaron varios años después los colegios de Santiago y San Ignacio, éste último destinado a los novicios de la Tercera Probación (Borja de Medina 1991: 14).

Estando Pedro aún en España, la Anua nos informa que *"...intervino en los*

<sup>10</sup> Según el manuscrito de Barcelona en la misma fecha pero un año antes.

*debates sobre el ministerio de la Inmaculada Concepción, obligándose él por voto, a defenderla hasta la muerte*". Además de ello compuso una novena para la fiesta de este ministerio, donde expone los méritos de la Virgen y sus prerrogativas (Leonhardt 1929: 757).

En la Córdoba andaluza fue también –como dijimos- donde le creció a Pedro su deseo de partir a las Indias. Consultó con su hermano Agustín y escribió luego al P. General quien concedió la ansiada partida luego de haberse ordenado sacerdote.

Por entonces llegaba a España como Procurador del Paraguay el P. Francisco Vázquez Trujillo, elegido en la Congregación Provincial de 1620, que unos años más adelante llegaría a ser Provincial (1629-1633). Formó una nutrida expedición con jesuitas de las ya cuatro provincias españolas sumando un total de 30 jóvenes. La de Andalucía estaba representada por los PP. Espinosa y Esteban Subiesta y los Hermanos Andrés Ortiz, Juan Bautista Mexía, José Martínez, Cristóbal Mendiola y Francisco de Ojeda (Leonhardt 1927: LIII).

En Sevilla, Pedro escribió una carta a su padre, pues no tuvo oportunidad de despedirlo en Baeza<sup>11</sup>. El grupo partió a Lisboa de donde zarparon el 8 de noviembre de 1621, arribando a Buenos Aires el 12 de marzo de 1622 (Page 2007: 44), casualmente el día en que el Papa Gregorio XV canonizó a San Ignacio de Loyola. El viaje fue detalladamente relatado por el P. Gaspar García (Soria, 1587 - Tucumán, 1626). Del grupo que se formó en España no llegó a destino el P. Agustín López Colodrero pues murió en Lisboa en octubre de 1621.

El texto del P. García es una carta a un amigo. Comienza disculpándose por la involuntaria tardanza en escribirle e inmediatamente avanza en el relato contando la demora que sufren en Canarias por cuatro días, ante los fuertes vientos que azotaban el océano. Luego que logran zarpar, la calma de las aguas se presenta y no los deja avanzar. Retomado el viaje se encontraron con un gran barco y luego otro que los acompañó acechante por un largo trecho, hasta que se decidió a disparar un tiro al aire en señal de amistad. Luego lo encontraron en el puerto de San Salvador de Bahía y discurrieron que aquellos querían atacarlos pensando que eran enemigos. Describe el puerto y los atentos jesuitas que fueron a recibirlos con el ritual del lavado de pies de Jesús y un posterior banquete de frutas y carnes. Permanecieron 10 días en Brasil, partiendo el Miércoles de Ceniza con poco viento a favor, hasta que una fuerte tempestad los retrotrajo en

<sup>11</sup> Fragmento fechado el 27 de setiembre de 1621, publicado por Bilches 1653: 237.



su avanzada. Al fin entraron al Río de la Plata donde navegaron por tres o cuatro días en medio de fuertes vientos y peligros con los bancos de arena que deterioraron el navío. En Buenos Aires fueron recibidos por toda la ciudad con regocijo, instalándose por 15 días en el colegio que dirigía el P. Francisco Vásquez y de allí unos fueron a Córdoba a terminar sus estudios y otros a las reducciones (Page 2008: 504). Era Provincial el P. Pedro de Oñate quien junto al P. Ruiz de Montoya fue a Buenos Aires a recibir al flamante grupo de europeos junto con tres coros de indios músicos (Jarque 1687: 117-118).

Con gran fervor religioso completó en Córdoba sus estudios de Teología e hizo la Tercera Probación. Mientras tanto en aquella ciudad fue destinado al ministerio de negros, por quienes tanto hicieron los PP. Diego de Torres y Francisco Díaz. Así lo manifiesta el primer Provincial en 1623: siguiendo lo que se hizo en Cartagena, se examinaron los bautismos de negros *sub conditiones*, pues ya por entonces entraban en Buenos Aires más de 1.500 por año. En esta tarea actuó el P. "...Espinosa, que con mucho celo y caridad nos ha ayudado en este ministerio" (Pastells 1912: 297). El mismo P. Pedro escribe una carta al P. Diego Ruiz, fechada en Córdoba el 21 de diciembre de 1622, donde cuenta que los negros pasaban por cientos en Córdoba con destino al Perú y que el P. Torres había recibido el apoyo del Obispo para estos bautismos, agregando luego una explicación de cómo era este ministerio en Loanda (Pastells 1912: 300-301) siguiendo en el relato, aunque sin mencionar, el libro de Sandoval.

Luego de su estada en Córdoba, Pedro fue enviado a las misiones guaranícas, donde tuvo una intensa actividad. Aprendió con gran erudición la lengua guaraní y se prestó con fervor para el oficio. Así lo testifica la Anua: "*Tenía un don especial para domesticar a los bárbaros, arrancarlos de sus costumbres salvajes y conducirlos suavemente a la fe*" (Leonhardt 1929: 754).

En carta que escribió a su padre, Pedro le manifiesta que para octubre de 1624 hacía cinco meses que esperaba en Asunción al P. Provincial para que le diera un destino<sup>12</sup>. Llegado a Asunción, el P. Ruiz de Montoya lo llevó al Guayrá (Jarque 1900 (2): 104). Finalmente entró a las tan anheladas tierras de los indios, junto con otros jesuitas, y con la perspectiva de fundar varias reducciones que estaban proyectadas. Hasta entonces había 7 en el Paraná y 6 en el Guayrá, construyéndose después de su llegada 10 más en el Paraná y otras 10 en el Guayrá. Cuenta en la misma carta señalada arriba, que en Jesús María los jesuitas destinados estuvieron

<sup>12</sup> Fragmento de carta fechada 21 de octubre de 1624 (Bilches 1653: 328).



cerca de ser asesinados. Por eso reflexiona que él estaba dispuesto a correr esos riesgos y le escribía a su padre "...*ruegue vuestra merced al Señor, que si ha de ser para su mayor gloria y honra, le haga padre de un mártir, dándome a mi la gloriosa corona que no merezco*" (Bilches 1653: 239).

Como él mismo lo refiere fue al Guayrá como compañero del P. Antonio Ruiz de Montoya, Superior en aquellas regiones. Fue en aquel tiempo que visitó las reducciones el Provincial Mastrilli Durán, como lo deja señalado la Anua de 1627. Llegado en compañía del P. Ruiz de Montoya a un puerto del Paraná, situado a dos leguas de la pequeña Ciudad Real del Guayrá, fue recibido por el P. Espinosa y autoridades del Cabildo. Al otro día fueron a la ciudad, donde se le pidió fundase un Colegio (Leonhardt 1929: 302). De allí remontaron el Paraná hasta llegar a Loreto donde los esperaba el P. Cataldino. El Provincial quedó muy impresionado del recibimiento y de la reducción con su iglesia. Igual sorpresa le causó San Ignacio, pasando luego a San Francisco Javier, suspendiendo el viaje a Encarnación y San José, a cargo de los PP. Mendoza y Ortega respectivamente, pues estos jesuitas aconsejaron no ir porque se hallaban muy en sus comienzos (Leonhardt 1929: 302-304).

Encarnación de Nuatingui fue fundada por el P. Ruiz de Montoya, a instancias del Provincial Mastrilli Durán, luego de haber hecho lo propio con San Francisco Javier. Se ubicaba en las tierras de Tayatí, gobernadas por el cacique Pindoviyú quien en principio opuso resistencia a la llegada de los jesuitas. Quedó a cargo de la reducción el P. Cristóbal de Mendoza, pero el sitio debió mudarse y en ese trance –escribe Mastrilli Durán– el P. Espinosa ayudó en 1627 a "...*mudar el pueblo a un sitio muy alabado de los indios donde tienen muy cerca las chacras con lo cual se ha aumentado mucho y se debe gran parte al Padre Pedro*" (Leonhardt 1929: 335-336). Al año siguiente la Anua parcial del Guairá que escribe el P. Ruiz de Montoya expresa que "...*con la ayuda del P. Espinosa se levantó la iglesia, casa y muy buena huerta*" (Rouillón Arróspide 1997: 193). Ya vemos cómo el P. Pedro se encargaba de estas tareas en las reducciones.

Una vez acabada esta responsabilidad con éxito, el P. Ruiz de Montoya designó al P. Pedro a la reducción de las tierras del cacique Tayaova "...*porque va este Padre mostrando muy grandes partes*" (Leonhardt 1929: 335). Antes había estado tres veces el P. Ruiz de Montoya por esta región, dejando el camino abierto para la fundación de la reducción, no sin peligros ante gente antropófaga. Tayaova tenía especial aversión a los españoles, pues lo tuvieron preso junto a otros tres caciques y sólo él pudo escapar y sobrevivir. Pero Ruiz de Montoya

pudo convertirlo y bautizarlo con el nombre de Nicolás, junto con su mujer principal y sus 28 hijos. Cuenta el mismo fundador: "...comenzamos el pueblo plantando una muy hermosa cruz de 7 brazas de alto, y se hallaron a levantarla más de trescientos indios. Señaleles sitios, y con mucho fervor dieron principio a sus casas y yo a la iglesia" (Leonhardt 1929: 342).

Por aquellos primeros años en que los jesuitas recorren extensos y difíciles territorios, debieron afrontar no sólo el problema del idioma sino también sortear una cultura diferente no aceptada plenamente por el catolicismo. Tal el caso de la antropofagia, venciendo Pedro "...las dificultades con su tenacidad asistida por la divina gracia, la cual alcanzó por medio de oraciones y penitencias" (Leonhardt 1929: 754). Pero también la extrema pobreza, el clima y la mala alimentación van a ser características que debieron soportar estos primeros misioneros. Casi todos enfrentaron enfermedades extremas en circunstancias que los llevarán a convertirse en "esclavos de los pobres y enfermos", rozándole la muerte a cada instante.

En 1628 el P. Espinosa se encontraba a cargo de la flamante reducción de Los Siete Arcángeles de Tayaova, pues el 31 de octubre de ese año le escribió al Gobernador del Paraguay, Luis de Céspedes y Jería (Hernández 1913: 17), expresándole que era inminente un avance portugués porque no sólo sabía del rumor sino que los había visto y "...puesto en campo contra ellos más de 1.500 indios, que las nuevas fundaciones de San Francisco Javier, en el Ibiterembeta; la Encarnación, en el Ibatinguí; San Pablo, en el Iniay; San José, en el Tucutí y la que él tiene a su cargo que es la de los Ángeles<sup>13</sup>, todas son del rey, porque en nombre y por mandado de SM se han fundado y asimismo las que en adelante se fundaren" (Pastells 1912 (1): 427).

El mismo Vilches señala que "El principal apostolado del Padre Pedro de Espinosa fue el pueblo de Los Angeles del Rey", reducción nueva, de apenas 100 indios en sus inicios que se ubicaba en la región de Tayaova, donde también se habían fundado las reducciones de Jesús María y Santo Tomás en 1628. Entre sus mayores enemigos se encontraba el hechicero Guirabera, principal respon-

<sup>13</sup> Esta reducción que llama Ángeles, en realidad era la de los Siete Arcángeles. Nombre impuesto por el P. Ruiz de Montoya luego que tuviera una aparición de los Siete iluminados por la luz de la Trinidad: Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Jofiel, Samuel, Zadkiel. Una reducción llamada Ángeles se fundó en el Itatí después de la transmigración de 1631, junto a otras cuatro que fueron destruidas en 1632 por los bandeirantes (Hernández 1913: 12-13).

sable de varios ataques que pretendían acabar con su vida, habiéndolo amenazado de arrancarle la lengua "...para comérsela en compañía de otro hechicero grande amigo suyo" (Pastells 1912 (1): 238). Pero al final y luego de un largo peregrinar logró primero convencer a sus seguidores y luego al mismo hechicero para que fueran a vivir a la reducción. Todo fue en vano porque en 1632 los paulistas arrasaron con los pueblos del Tayaova, esclavizando a sus habitantes (Hernández 1913: 13).

La complicidad con los portugueses del Gobernador Céspedes queda por demás develada con el esclarecedor informe que hace el P. Boroa al General Vitelleschi el 17 de noviembre de 1634<sup>14</sup>, cuando relata que al viajar a Río de Janeiro, el Gobernador contrajo nupcias con la hija de su par de aquella ciudad, Virgina de Saa. Que no era afecto a los jesuitas ya se sabía, porque había estado antes en Chile donde injurió al P. Valdivia. Regresó por el Paraná y visitó las reducciones del Paranapanema en enero de 1629. El P. Ruiz de Montoya lo agasajó con toda la pompa que merecía su investidura pero sus desaires también inquietaron a los jesuitas de las misiones. Al irse de las reducciones y a su paso por Mbaracayú dictó ordenanzas de trabajo injustas para los indios, y en el salto del Guayrá, donde los indios con anterioridad habían abierto un camino para el paso del Provincial Mastrilli Durán, lo mandó cerrar para que no pasara nadie para avisar de la invasión portuguesa que se avecinaba. Fue entonces que, enviado el P. Espinosa al sitio, plantó en el paso una cruz con la inscripción "*R.P. Nicolaus Duran, Prov. Visendi Reducciones causa primus iter hoc felix faustumque fecit*". Pero el Gobernador lo mandó borrar y poner "*Por aquí pasó muerto de hambre el Gobernador de Paraguay*" (Pastells 1912 (3): 2-11).

Estas actitudes, y sobre todo su absoluta inmovilidad para defender las reducciones de los ataques paulistas, motivaron que el Presidente de la Real Audiencia le ordenara una inmediata acción al respecto. Pero no hizo caso y comenzó a interceptar la correspondencia entre los jesuitas.

A pesar de los esfuerzos de los PP. por evitarlo, llegó el arrasador avance portugués y con ello una verdadera epopeya como lo fue el éxodo indígena hacia otras tierras. Todo este conflicto se desató alrededor de 1627, cuando los paulistas llegaron a los territorios de las reducciones con el afán de esclavizar indios no cristianos. La destrucción acechó en los alrededores, hasta que dos años después la reducción de San Antonio le dio refugio a un cacique fugado de los

<sup>14</sup> ARSI, Paraq.11, f. 123.

bandeirantes. Fue excusa suficiente para saquear el pueblo y continuar con otros como San Miguel y Jesús María.

Cuando se supo en Santo Tomé y en Tayaova de las atrocidades cometidas en Jesús María, los indios de ambas reducciones organizaron un ejército a cargo de los caciques más valerosos y de los PP. Francisco Díaz y Pedro de Espinosa. Las huestes del P. Espinosa, que venían de Santo Tomé, llegaron a Jesús María encontrando gran cantidad de muertos y algunos sobrevivientes que habían huido del enemigo. Al regresar contaron al espantado jesuita cómo habían sido degolladas las mujeres resistiendo a la violación. En ese viaje fue cuando el P. Espinosa tropezó y pegó su cabeza en una piedra. Luego de permanecer inconsciente por tres horas reaccionó, cuando los indios ya lo daban por muerto (Pastells 1912 (3): 49-50).

Pero ni los indios ni los jesuitas se dieron por vencidos. Los P. Díaz y Boroa fueron enviados a Asunción a dar cuenta de lo sucedido, mientras el resto comenzó con la restauración de Jesús María con la ayuda del cacique Guiravera. Lo primero fue buscar por los montes a la gente que había huído. En esa tarea estaban los PP. Mascetta y Mansilla quienes encontraron indios moribundos y otros muertos en el camino, hasta que hallaron a los prisioneros e intimaron a sus captores para que dejaran libres no sólo a los cristianos, sino también a los infieles como Guiravera. Al volver al Tayaova hubo una reunión de caciques por paces, a la que asistieron los PP. Cataldino, Martínez, Suárez y Espinosa, decidiendo refundar el pueblo de Jesús María pero en otro sitio. Comenzaron levantando la tradicional cruz y luego siguieron con la construcción de su iglesia (Pastells 1912 (3): 118-122).

Los ataques se sucedieron una y otra vez, e incluso llegaron hasta Villa Rica, obligando al Obispo fray Cristóbal de Aresti a trasladar la villa al pueblo de Maracayú. En 1630 los bandeirantes no sólo no habían devuelto a los cautivos sino que regresaron atacando San Pablo, mientras que Encarnación fue abandonada antes que llegaran. El nuevo ataque a las reducciones lo relata el P. Boroa, contando que llegaron en las vísperas de la fiesta del Corpus, cuando los indios estaban a pleno levantando arcos para la procesión. Bandeirantes y tupíes atacaron sin piedad, mientras los jesuitas pidieron infructuosamente auxilio a los españoles. En esos días llegaba del Brasil a Asunción la esposa del Gobernador que ya estaba anoticiado de esos ataques y los que se vendrían<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Ibid., f. 126.

Enterado de lo sucedido, el Provincial Vázquez Trujillo decidió partir para el Guayrá junto con su compañero Miguel de Ampuero, aunque corriera riesgo su vida, pero enviando al mismo tiempo al P. Díaz a la Audiencia para que relatara los hechos como testigo de vista. Se abandonó San José, congregándose algunos evacuados cerca de Loreto. Finalmente los paulistas atacaron San Pedro, Concepción y San Javier. En ese momento un grupo de soldados con el Provincial fueron en su defensa. Pero al llegar, los soldados huyeron dejando a los jesuitas y volviendo a Asunción con la falsa noticia de triunfo y de que los PP. habían concertado con los portugueses entregar a algunos indios. El Gobernador ordenó hacer una gran fiesta celebrando, pero una carta del Provincial se la aguó, pues contaba la masacre que realmente había sucedido<sup>16</sup>.

Quedaron en pie sólo Loreto y San Ignacio que fueron las dos únicas reducciones sobrevivientes, ubicadas sobre el río Paranapanema. El P. Ruiz de Montoya se trasladó con los PP. Mascetta y Espinosa para organizar la defensa, pero resultaba inútil enfrentar las armas de fuego, por lo que el Superior de las reducciones dispuso trasladar a toda la muchedumbre río abajo (Pastells 1912 (3): 198-199). De tal manera, en 1631 Ruiz de Montoya dirigió la evacuación de las dos reducciones con 12.000 indígenas, que navegaron en 700 balsas río abajo por el Paranapanema y luego por el Paraná. Tres días después llegaron los bandeirantes a las despobladas reducciones que terminaron destruyendo. Incluso en el trayecto que hace Montoya hasta la ciudad española del Guayrá se encuentra con que los españoles querían capturar a los indios que iban con él para llevarlos a sus encomiendas.

Antes de partir y desde Loreto, el P. Montoya encomendó al P. Espinosa para que juntara la gente de la región del Tayaova y la llevara hacia el salto del Guayrá para unirse a los de Loreto y San Ignacio. La transmigración del P. Espinosa se hizo en dos etapas porque no alcanzaban las canoas para transportar los 2.000 indios de la región. Una primera tanda viajó al salto del Piquirí con el P. Diego de Salazar, quien luego volvió por el resto encabezados por el P. Espinosa y el cacique Nicolás. La crecida del río favoreció para sortear el salto y encaminarse hacia el Salto Grande. Este viaje hasta el salto del Guayrá, donde esperaba el P. Ruiz de Montoya, duró dos meses.

Pero aún faltaban llegar algunos jesuitas y el Superior envió al P. Espinosa en su búsqueda. Fue cuando Paraná arriba encontró al P. Martínez que venía retra-

---

<sup>16</sup> Ibid., f. 127.

sado con gente de Loreto que cargaba con imágenes y ornamentos. El P. Martínez continuó al Piquirí y el P. Espinosa regresó al Salto (Pastells 1912 (3): 216-220). Una vez que se reunieron el P. Superior ordenó avanzar por escuadrones. Ante la terrible escasez de alimentos, el P. Montoya acudió a la piedad del Teniente de Gobernador de Corrientes, el Maestre de Campo don Manuel Cabral de Alpoim quien autorizó se llevara algunas vacas. Y a esa cacería fueron el mismo P. Superior y el P. Espinosa.

Ya en el Yabibirí y con la presencia del Provincial, el P. Montoya envió a los jesuitas belgas al Itatín a fundar reducciones. Con graves penurias había concluido el viaje. En 1632 refundaron San Ignacio-Miní y Nuestra Señora de Loreto a orillas del Yabibirí, aunque sólo lograron llegar 4.000 guaraníes.

Luego de la trasmigración el P. Espinosa permaneció en la nueva reducción de Loreto donde dio sus últimos votos el 18 de abril de 1632 (Storni 1984: 92). El Gobernador no salió ileso: por el contrario, la Audiencia envió a don Juan Ursuchi de Abreu para que levantara un sumario en su contra y lo remitiera preso a Charcas, donde fue condenado por favorecer a los bandeirantes<sup>17</sup>.

Tocaba ahora trazar los nuevos pueblos sobre este río, al tiempo que los indios ya podían cosechar en sus sementeras. Se buscaron con diligencia los lugares y Jarque escribe que *"A lo cual no poco le ayudó la gran caridad, celo y maña del gran siervo del Señor el P. Pedro de Espinosa"* (Jarque 1900 (3): 304).

En este trance estaba el P. Espinosa cuando el P. Superior lo envió en busca de ovejas a Santa Fe. Habían vendido todas las alhajas y hasta las sotanas para hacer frente a los requerimientos alimenticios. Nos acercamos al momento de su muerte, cumbre anhelada de sus trabajos, dice la Anua; poco antes, rememora este documento, Pedro había hecho confesión general.

La tarea era llevar ese ganado, contando con una escolta de indios y un baqueano español. Llegaron a Santa Fe y de regreso encontraron uno de los varios ríos que tenían que sortear extremadamente crecido, por lo que construyen unas improvisadas balsas para pasar las ovejas. Habían trasladado alrededor de 800 animales, la mitad del total, cuando los arrieros prendieron fuego para calentarse en un descanso. El humo advirtió a un grupo de indios no cristianos que merodeaban por el lugar y habían sido maltratados hacía poco por unos españoles, por lo que no dejaron perder la oportunidad para tomar venganza. De tal forma que a media noche atacaron sin piedad. Primero mataron a cinco indios que dormían junto al

<sup>17</sup> Ibid., f. 127v.

P. Pedro, a quien derribaron a porrazos quitándole la ropa y luego continuaron con una gran macana hasta matarlo. Sólo encontraron de él un brazo y una pierna, porque se ve que el resto del cuerpo fue devorado por animales o quizás por los mismos indios. En ese mismo momento su imagen iluminada se le apareció al P. Justo Van Suerck que se encontraba en Itatí, manifestándole que ya se iba al cielo (Leonhardt 1929: 758-759 y Astraín 1996: 405).

Jarque, que conoció al P. Espinosa en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, manifiesta en varios de sus escritos que a otras dos personas se les reveló su muerte. Una fue el H. Mateo Fernández, natural de Villa Rica, que había sido compañero en Tayaova y tuvo igual desgracia tiempo después al ser asesinado por los chiriguano junto al P. Pedro Romero. La otra persona que recibió la revelación de Dios antes que sucediese –dice Jarque- fue su amigo el P. Ruiz de Montoya. Jarque también menciona que en las conversaciones con el P. Espinosa, éste le manifestó en Santa Fe que en este viaje iba a morir, y que al partir hacia las reducciones fue del caso que sudó la imagen de la Virgen, pintada por el H. Berger (Jarque 1687: 152), ubicada en el altar de los congregantes de la iglesia jesuítica del Colegio. Con los paños mojados de su sudor se curaron muchas enfermedades (Jarque 1900 (3): 309). El sudor de la Virgen aconteció el 9 de mayo de 1636, siendo Rector del Colegio el P. Pedro de Helgueta quien no dejó pasar el prodigio de la pintura y levantó casi medio centenar de testimonios ante escribano; y tanto Jarque como Montoya y Andrade lo relacionan con la muerte del P. Espinosa (Furlong 1936: 80).

Con la fecha de la muerte del P. Espinosa, no obstante, hay divergencias, ya que varios autores, hasta el mismo Storni, la dan como ocurrida el 3 de julio de 1634<sup>18</sup>, es decir casi dos años antes que se produjera este singular testimonio del sudor de la Virgen. Para mayor confusión, otros historiadores ubican su muerte en 1637<sup>19</sup>, cosa que es imposible, pues la Anua es anterior a esa fecha y relata ambos sucesos, aunque sin determinar ninguna fecha. Los restos del baezano fueron llevados a la reducción de Loreto, en cuya urna se depositaron luego los despojos del P. Montoya, fallecido en Lima en 1652 (Furlong 1978: 148).

<sup>18</sup> También Diego González y Esteban Guilhermy.

<sup>19</sup> Andrade dice que fue el 3 de julio de 1637 y Bilches el 16 de junio de 1637.



### La obra edilicia del P. Espinosa

En tiempos que llegó el P. Espinosa al Guayrá florecían –como dijimos- 13 reducciones entre guaraníes, siendo Loreto y San Ignacio las más antiguas e importantes. Tenían considerables iglesias que competían con las de las ciudades españolas. Así relata como mencionamos antes el P. Diego de Boroa en la Anua de 1637 cómo eran aquellas, antes de la mudanza al Yabebirí:

*"En las dos iglesias había un ábside triple con su respectivo altar y retablo pintado. Existían a ambos lados de la nave central una hilera de columnas con su pedestal y capitel, con su pórtico y toda clase de ornamentos bien cincelados. Detrás de ellas, arrimados a la pared, había confesionarios del mismo estilo artístico, con su correspondiente distancia entre sí. Toda la obra estaba construida de madera de cedro. No faltaban pila bautismal, tabernáculo, bancos y demás mobiliario necesario, todo bien labrado según un estilo armonioso"* (Leonhardt 1929: 726).

El mismo Gobernador Céspedes Jería elogió a su paso por estas reducciones sus "...hermosísimas iglesias, que no las he visto mejores en las Indias, que corrido del Perú y Chile" (Jarque 1900 (3): 7). Recordemos que estos pueblos tuvieron un importante crecimiento demográfico en 1614 al unificarse con los otros 3 pueblos que los jesuitas atendían en la región y que no tenían un operario fijo (Lozano 1755 (2) 761-717). Fue entonces cuando se trasladaron y se comenzaron a construir nuevos templos en ambos pueblos, llegando a afirmar la Anua de 1617 que las hicieron los indios "...de tres naves, tienen de largo 150 pies, de ancho 80", incluso acarreaban "...tierra para sus paredes" (Leonhardt 1929: 150). Sabemos que San Ignacio fue inaugurada en 1616 (Leonhardt 1929: 151) pero desconocemos su exacta estructura edilicia y si perduró en el tiempo o fue reemplazada. La instalación del Santísimo Sacramento en Loreto fue el 29 de setiembre de 1617. En la oportunidad asistieron dos sacerdotes jerónimos, un mercedario y tres jesuitas. Presidió el acontecimiento una procesión con cinco pendones, una cruz con manga de seda, llevando en andas a San Ignacio, luego la Virgen de Loreto y finalmente el cáliz con el Santísimo. Se desplazaron en calles con arcos donde se levantaron siete altares. Continuó la fiesta con danzas y banquetes (Rouillon Arróspide 1997: 185).

En cuanto a las iglesias de tres naves, tenemos un primer antecedente en el memorial del Provincial Mastrilli Durán que así la encarga construir en Encarnación de Itapúa<sup>20</sup>. Sabemos con certeza por el documento mencionado, que tam-

<sup>20</sup> Archivo General de la Nación Argentina (AGN) Sala IX, 7.1.2.

bién las tuvieron Loreto y San Ignacio del Paranapanema, obviamente partiendo de una primera chozuela, luego iglesia pequeña y finalmente, luego de la mudanza mencionada, la iglesia de tres naves con 45 metros de largo y 24 de ancho (Lozano 1755 (2): 150).

Si bien los relatos de los jesuitas dicen que ellos eran los constructores, insistimos que es dable suponer que no era así, pues para la construcción de estos edificios se necesitaba de un número de personas bastante superior al de dos misioneros. Sí pueden haber participado ellos como obreros junto con los indios, pero incluso dudamos que pudieran dirigir las obras por lo del temperamento guaraní de entonces de no tener líderes.

Con respecto a la autoría de la iglesia de Loreto, es contundente el testimonio del P. Espinosa, quien luego de varios años en las reducciones da cuenta de sus obras manifestando en una carta fechada el 22 de diciembre de 1631 que: *"Se y ejercito, gracias a Dios, todos los oficios, he hecho con mis manos muchas casas para los indios, y algunas iglesias para ejercer nuestros ministerios, no sólo en lo material del edificio, sino también en lo formal de su adorno. En Nuestra Señora de Loreto hice, demás de la iglesia, un sagrario, con columnas y molduras muy ajustado al arte. Los nuestros que lo han visto, le juzgan por obra digna de un buen artífice, y que puede parecer en España"*. Agregando luego: *"De manera que sin tener otro maestro que a Dios, he salido arquitecto, albañil, ensamblador, carpintero"*, entre otros oficios que ejerció por necesidad (Bilches 1653: 240-241). Incluso añade Vilches que en algunas de sus cartas solicita a su padre y hermanos que le envíen *"...barrenas, compases y otros instrumentos para labrar madera"*, agregando *"...y enviaba señalados los modelos harto bien dibujados"* entre otras cosas, que iban desde agujas y anzuelos hasta juguetes para los niños.

Vilches también menciona que el P. Espinosa luego de haber puesto en perfección la reducción de los Ángeles, dio principio a la de San Francisco Javier y después fue a Loreto (Bilches 1653: 241). La Anua reafirma algunas partes de este texto al expresar que: *"Un cuarto, levantado en Loreto, con su sagrario cómodo y elegante, se debe igualmente a la habilidad de nuestro Pedro"*. Este mismo documento además de hacer notar su fervoroso celo misionero, expresa que el P. Pedro tenía *"...una gran habilidad para construir iglesias"*. Continúa dando cuenta de sus obras: *"En Nuatingui, Tayaoba y Caaró, no sólo delineó los templos, sino dirigió la construcción hasta su terminación"* (Leonhardt 1929: 754).

Es decir que se refiere a las reducciones de Encarnación fundada en 1625 en el territorio de Nuatingui, Siete Arcángeles en 1628 en el Tayaova, ambas en el Guayrá y Todos los Santos del Caaró en el mismo año y sobre el río Iyuí, afluente del Uruguay.

Para la fundación de Encarnación de Nuatingui fue importante la labor previa del P. Montoya. La prerreducción se estableció en el mismo pueblo del cacique, luego se trasladó a otro sitio dándose la primera misa frente a la cruz que se plantó en 1625. Pero –como dijimos antes– dos años después se mudó, tomando especial participación el P. Espinosa quien además y como informa el Provincial al Superior: "...hizo una iglesia tosca de alfarda para ejercitar las lecciones que VR nos dio". Agregando que esa la hizo en 20 días "...de nudillo, y nuestra casa de la misma manera, y como los indios no han visto cosa semejante han quedado contentísimos, y han cobrado amor a su pueblo" (Leonhardt 1929: 335-336). Este es el primer documento que nos da cuenta del sistema constructivo que permitió desplazar la hilera de columnas centrales que sostenían la cumbre, por dos hileras de horcones que no sólo abrían el espacio central sino que permitían incorporar dos espacios laterales más reducidos (Sustersic 1999b: 37-39 y Serventi 2007: 310). Pero si en verdad el P. Espinosa construyó Loreto como él mismo lo manifiesta y mencionamos más arriba, allí debió emplear el sistema de par y nudillo y por cierto con anterioridad a Encarnación.

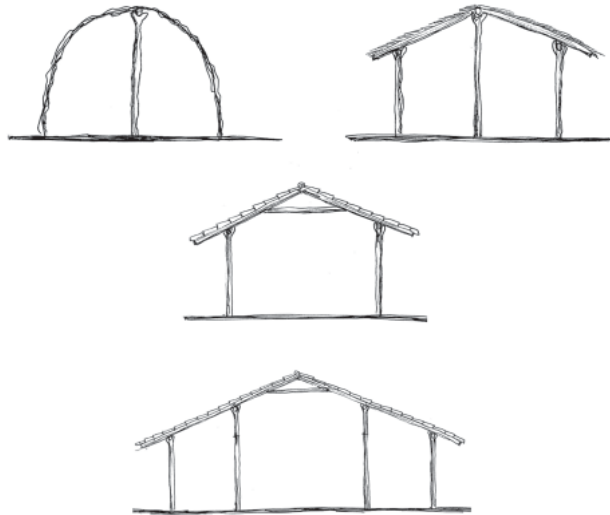


Fig. 6 Esquema del muro-cubierta guaraní, del techo tijera con horcón y del par y nudillo en las iglesias

Derivadas de las armaduras de parhilería o mojinetas, las de par y nudillo son de raigambre islámica y aparecen sobre todo en la arquitectura mudéjar. Sin embargo el término par y nudillo recién es incorporado en la tratadística arquitectónica por Diego López de Arenas (1619) y Mathurin Jousse (1627). Fueron tan utilizadas en Andalucía que permanecieron en la memoria de los misioneros convertidos por necesidad en idóneos de la construcción.

Estas armaduras vienen a dar solución al deslizamiento de los pares hacia abajo y a la flexión a la que están sometidos por la carga de la cubierta. Con el nudillo disminuye el momento flector que solicita el par y por compresión mejora su comportamiento. El esquema se completa con tirantes que impiden la transmisión a los muros de una acción horizontal. Para el proceso de montaje se necesita un tipo de arrostramiento que impida que se caigan (Fig. 6).

Las tejas comenzaron a usarse para cubrir las iglesias ante los fáciles incendios que producía la paja de sus cubiertas, pero –como dijimos– ante el peso de esta cubierta fue necesario implementar el sistema de par y nudillo. Posiblemente luego del incendio de Candelaria en 1633 se decidió definitivamente tejar esa y todas las iglesias que aún no las tenían. Jarque, al escribir la biografía de Montoya, señala muy claramente cómo se cubrió de tejas la iglesia de Loreto del Pirapó: "...hicieron asimismo su horno para cocer la teja, y después de varias pruebas dieron su temple al barro" (Jarque 1900 (1): 311).

Es decir que esta nueva cubierta vino a reemplazar a las iglesias como la de Santa María, construida "...con horcones y cumbreras" (Leonhardt 1929: 280-291) cubiertas de paja, que fueron incluso ampliadas en su longitud a medida que se sumaban nuevos feligreses, como lo hacían los indios en las "casas grandes".

La reducción del cacique Tayaova la fundó el P. Montoya junto al río Huibai con varios caciques aunque con no pocos enemigos que acechaban. A principios de 1626 levantó la cruz, señaló sitios y comenzaron a levantar casas y una iglesia cercada, dejando allí una imagen pintada por el H. Berger. Hasta octubre de 1628 había bautizado a 500 indios (Leonhardt 1929: 342-347-351). Fue después de ello que envió al P. Espinosa quien "...logró reunir allí unas 2.000 familias y fundó con ellas una reducción" (Leonhardt 1929: 342-347-754). Con el objeto de crear la reducción de Santo Tomás, ubicada entre la de San Pablo y Tayaoba, el P. Montoya sustituyó al P. Espinosa por el P. Díaz Taño, con quien había llegado a las Indias en la misma expedición que partió de Lisboa. Como en esos momentos la reducción sufría una peste de viruela envió al P. Pedro junto al

cacique Nicolás Tayaova a reunirse con él para tratar el tema de la invasión con el Gobernador (Jarque 1900 (2): 325).

Finalmente el P. Espinosa pasó a la reducción del Caaró, sitio donde poco antes de fundarse, muriera Roque González. Se encontraba allí en ese momento el P. José Oreggi, llegando el P. Pedro "...para construir la iglesia, también levantó la casa habitación de nuestros Padres, delineó todas las calles del pueblo y sus dependencias campestres, de una manera ingeniosa y admirable" (Leonhardt 1929: 754). Al tiempo fue llamado a otras funciones por lo que debió dejar casi terminada su obra.

Todos estos pueblos fueron destruidos y al P. Espinosa le quedaba la responsabilidad de participar activamente en la refundación de dos de ellos: Loreto y San Ignacio. Pero la muerte tocó su puerta y el devenir de las reducciones siguió su propio camino.

## Conclusiones

Debemos advertir que si bien se ha dicho incansablemente que las iglesias de las misiones guaraníicas eran "...amplias y hermosas desde el principio" o eran iglesias admirables, debemos tener en cuenta que estas afirmaciones se dicen entre 20 y 30 años después que llegaron los jesuitas a la región. Ciertamente fueron grandes, pero no nacieron de la nada, sino que hubo antecesoras. En la misma Loreto, antes de la transmigración, hubo dos iglesias, una en frente de la otra, y eso que la población ya había sido trasladada en 1614. De tal forma que, en Loreto, llegamos a la transmigración con tres iglesias construidas previamente

En esos primeros 20 años, las iglesias eran modestas, como bien las describe el P. Lorenzana al compararlas con "...el portalillo de Belén", siguiendo una tradición constructiva guaraní. Tampoco tenemos dudas, que las construían los indios, no los PP. como ellos mismos a veces lo afirman. Sí aportaban sugerencias como la de introducir pared-techo, primer paso (siguiendo tipología de Staden) y después el par y nudillo que fue lo que con el tiempo les permitió hacer iglesias amplias y hermosas. Y eso fue con aporte de tecnología europea: introdujeron la teja en las cubiertas para evitar incendios como se producían en las de paja, y

con maderas resistentes que sostuvieran el ahora pesado techo. Tejas que se hacen en la misma Loreto. En esas dos primeras décadas los mismos indios, al terminar la iglesia, la cercaban con empalizadas (como tenían los pueblos según Staden) pues la región era sin dudas *zona caliente* de constantes guerras entre indios, entre indios y españoles, y entre indios y portugueses.

En definitiva las iglesias *grandes y hermosas* no aparecieron de la noche a la mañana sino que hubo un lento proceso de europeización, como lo afirmado sobre la división del muro-techo, la introducción del par y nudillo, y la decoración interior, pero no por ello podemos descartar la originalidad del aporte indígena. Los cambios continuaron luego de la transmigración con la llegada de jesuitas carpinteros, que introdujeron la bóveda (de madera) en las iglesias misioneras siguiendo el tratado de Philibert de l'Orme. Sólo a principios del S. XVIII se refuerzan esos aportes con la llegada de arquitectos profesionales como Brasanelli, Prímoli, etc. que incluso no sólo traen nuevas tecnologías sino que quieren cambiar el espacio introduciendo crucero y cúpulas. No obstante, la participación indígena no cederá frente a las imposiciones de los arquitectos, logrando una arquitectura de raigambre regional que se diferencia claramente de otras arquitecturas.

Reiteramos que nuestro trabajo se centra en las tres primeras décadas. Reafirmamos las hipótesis ya establecidas por otros investigadores aquí citados, y aportamos nuevos elementos que enriquecen la idea de la participación especial que tuvieron los indios en las primeras construcciones reduccionales, y el aporte de sacerdotes no especializados, que por esa razón fueron permeables a las iniciativas de la gente del lugar.

Hemos enfatizado el trabajo desde una apuesta biográfica, para contextualizar un tiempo histórico centrandolo en la visión en la figura de uno de sus protagonistas, el P. Pedro de Espinosa, quien desde una labor voluntariosa como la que ejercían sus pares, fue quien primero comenzó a dedicarse a la construcción de iglesias. Sin formación profesional, el único conocimiento que poseía eran su habilidad manual y sobre todo su memoria, aplicada eficientemente para dar soluciones estructurales en un medio caracterizado por una fuerte identidad constructiva.

## Bibliografía

ANDRADE, Alonso de 1667. *Varones Ilvstres en santidad, letras y zelo de las almas de la Compañía de Jesús*. Joseph Fernández de Buendía, (6): 754 p., Madrid.

ASTRAÍN, SJ, Antonio 1996. *Jesuitas, guaraníes y encomenderos*. Centro de Estudios Paraguayos "Antonio Guasch", 412 p., Asunción del Paraguay.

BILCHES SJ, Francisco de 1653. *Santos y santuarios del obispado de Jaén y Baeza. Prueba de lo resuelto por los santos*. Domingo García Morra, 400 p., Madrid.

BORJA DE MEDINA SI, Francisco de 1991 "Ocaso de una provincia de fundación ignaciana: la provincia de Andalucía en el exilio (1767-1773)", *Archivo Teológico Granadino*, (54): 5-90, Granada.

**CORTESÃO, Jaime (org.) 1951. Jesuítas e bandeirantes no Guairá (1549-1640). Manuscritos da Coleção De Angelis**, Biblioteca Nacional, Divisão de Obras Raras e Publicações, (3), 506 p., Ríó de Janeiro.

CÓZAR MARTÍNEZ, Fernando de 1884. *Noticias y documentos para la historia de Baeza*. Establecimiento Tipográfico de los señores Rubio, 592 p., Jaén.

FURLONG SJ, Guillermo 1936. *Nuestra Señora de los Milagros. Historia de la célebre imagen y de su congregación mariana*. Ed. Congregación de Nuestra Señora de los Milagros e Impreso por S. de Amorrortu, 267 p., Buenos Aires.

1946. *Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica (1536-1810)*. Editorial Huarpes, 427 p., Buenos Aires.

1978. *Misiones y sus pueblos de guaraníes*. Lumicop y Cía S.A., 788 p., Posadas.

GONZÁLEZ DE SANTA CRUZ, Roque, Alonso RODRÍGUEZ y Juan del CASTILLO

1994. *Para que los indios sean libres. Escritos de los mártires de las Reducciones guaraníes*. Introducciones y notas de Fernando García Moreno SI, Rafael Carbonel de Masy, SI y Tomás Rodríguez Miranda, SJ, Colección Santos Mártires, 152 p., Asunción.

GUILHERMY, François Elesban de 1902. *Ménologe de la Compagnie de Jesús. Assistande d'Espagne*. Typographie M.R. Leroy, (3): 609 p., París.

HERNÁNDEZ SJ, Pablo 1913. *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*. Gustavo Gili editor, (1): 608. Barcelona.

JARQUE, Francisco 1687. *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay...*, (Libro Segundo Francisco Díaz Taño). Juan Micon impresor, 423 p., Pamplona.

1900 (1662). *Ruiz de Montoya en Indias (1608-1652)*. Victoriano Suárez editor, (1): 336 p. (3): 356, Madrid.

LEONHARDT SI, Carlos 1927-1929. *Documentos para la Historia Argentina. Iglesia. Cartas Anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús (1609-1614)*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, (XIX): 588 p., (XX):817 p., Buenos Aires.



- LEVINTON, Norberto 2008. *La arquitectura jesuítico-guaraní. Una experiencia de interacción cultural*. SB editorial, 127 p.. Buenos Aires.
- LOZANO SJ, Pedro 1755. *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*. Imprenta viuda de Manuel Fernández (2): 832 p. Madrid.
- MAEDER, Ernesto J. A. y Ramón GUTIERREZ 1995. *Atlas histórico del nordeste argentino*. Instituto de Investigaciones Neohistóricas – CONICET – FUNDANORD, Universidad Nacional del Nordeste, 199 p., Resistencia.
- MUÑOZ Y ROMERO, Tomás 1858. *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España*. Imprenta y Estereotipa de N. Rivadeneyra, 329 p. Madrid.
- NIEREMBERG Y OTIN, Juan Eusebio y Alonso DE ANDRADE 1891 (1647) *Varones ilustres de la Compañía de Jesús. Misiones de Filipinas, Méjico, Canadá, Brasil*, Imprenta del Corazón de Jesús, (3): 698 p., Bilbao.
- PAGE, Carlos A. 2007. *Los viajes de Buenos Aires a Europa según las crónicas de los jesuitas de los siglos XVII y XVIII*. Báez ed. 325 p., Córdoba.
2008. "Dos relaciones inéditas sobre los viajes de Europa a Buenos Aires de los jesuitas Juan de Viana (1616) y Gaspar García (1622)". *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, (25): 503-518, Córdoba.
- PASTELLS, SJ, Pablo 1912. *Historia de la Compañía de Jesús en la provincial del Paraguay / Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias*, Librería General de Victoriano Suárez, (1): 593 p. (3): 545, Madrid.
- ROUILLON ARROSPIDE SJ, José Luis 1997. *Antonio Ruiz de Montoya y las reducciones del Paraguay*. Centro de Estudios Paraguayos "Antonio Guasch", 388 p. Paraguay.
- RUIZ DE MONTOYA, Antonio 1989 (1639). *La conquista espiritual del Paraguay*. Estudio preliminar y notas Dr. Ernesto J. A. Maeder, Equipo Difusor de Estudios de Historia Iberoamericana, 294 p. Rosario.
- SENA MEDINA, Guillermo 1990. *Jaén en el Descubrimiento, conquista y ocupación de las Indias*. Caja General de Ahorros, 379 p., Granada.
- SERVENTI, María Cristina 2007. *Tesis de doctorado. La gestación del arte jesuítico-guaraní en la etapa inicial de las reducciones de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (1610-1641)*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 628 p. Buenos Aires (inédita).
- SOMMERVOGEL, Carlos 1898. *Bibliothèque de la Compagnie de Jesús*. Nouvelle édition (8): 768, Brussels.
- STADEN, Juan 1944 (1557). *Vera historia y descripción de un país de las salvages [sic] desnudas feroces gentes devoradoras de hombres situado en el nuevo mundo América*. Traducción y comentarios de Edmundo Wernicke, Museo Etnográfico, 171 p., Buenos Aires.
- STORNI SI, Hugo 1984. "Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652)". *Archivum Historicum Societatis Iesu*, (53): 425-442, Institutum Historicum S.I., Roma.

SUSTERSIC, Bozidar Darko 1999a. "La presencia americana en el arte jesuítico-guaraní". En Gadelha, Regina A. F. (ed), *Missões Guarani. Impacto na sociedade contemporânea*. Editora da PUC-SP, 391 p., San Pablo.

1999b. *Templos jesuítico-guaraníes*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 354 p., Buenos Aires.

URIARTE SJ, José E. de y Mariano LENCINA SJ 1929-1930. *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús perteneciente a la antigua asistencia de España desde sus orígenes hasta el año de 1773*. Imprenta "Gráfica Universal", (2): 768, Madrid.

VARGAS SI, Juan N. 2000. *Jesuitas andaluces en Hispano-América y Filipinas*. Facultad de Teología, 304 p., Granada.